



E DE LA LIBERTAD

nales, ahora dentro, ahora fuera, ahora me asomo, ahora me escondo, de modo que puedan salvar la cara y al mismo tiempo les alcance a llegar el brazo protector del presupuesto en un momento de apuro.

De otro lado, por la parte izquierda de las bambalinas, según mira el espectador, están saliendo a escena algunos radiantes actores de la oposición, con voz entubada, que parece que se van a comer el mundo con sus mimos y pantomimas, y sobre este campo político, que es un terreno donde hay enterrada una extensa osamenta histórica, se establece una teoría de fuegos fátuos que son

tan bonitos como una nit del foc. Cuando llegue la libertad, si es que llega, ya se verá cuántos aprendices de brujo van a resistir el hervor de la olla. Cuando la cosa vaya de veras, ya se verá cuántos personajes, personajillos, figurones, figuras y figurillas se van a abrasar en la zarza ardiente de la democracia. Después, alrededor de la fogata de la plaza mayor, alimentada por las tramas de decorado, cartón piedra de fachadas y ropa vieja de disfraz, se montará el gran chotis del realismo. Entonces será el momento de hacer recuento e inventario y pasar lista para ver los que quedan. ■ VICENT.



BUENOS Y MALOS

COMO ustedes saben o debieran saber (si no están ustedes totalmente alienados por Kojak), la democracia cristiana —o las democracias cristianas, porque son muchas, por aquello de que un cristiano siempre prolifera y no toma la píldora—, montó hace poco su campamento parlamentario en un hotel de Madrid, que fue su Palmar de Troya por unos días, y donde no hubo más apariciones que la muy sensata de Gil Robles, quien dijo: «Nos parecería mal excluir a la extrema izquierda y legalizar a la extrema derecha, con la esperanza de que algún día sea demócrata.»

Eso es, ahí le duele. Ahí queríamos llegar nosotros. Tomamos de testigo a Gil Robles, porque no es un rojo masónico y no se le conocen contubernios ni experiencias prematrimoniales. Parece que hoy se ve en el Gobierno más tendencia a legalizar la extrema derecha que la extrema izquierda. Los de la extrema derecha son unos hermanos separados, son la oveja negra y descarriada que debemos traernos al hombro, aun abandonando todo el rebaño político. Con la extrema derecha se puede contar, hay

que contar, porque en el fondo son buenos y patriotas, quieren el bien de la Patria y que la Nadiuska se condene de una maldita vez en las calderas de Pedro Botero o de Oriol Regás.

Pero la extrema izquierda no. La extrema izquierda son los extraterrestres, Ray Bradbury, los marcianos, los ferromagnéticos, el caballo de Atila. Y resulta que cuando Gil Robles dice la extrema izquierda está queriendo decir un partido comunista de orden. Bueno, pues tampoco. Son de otra raza, negro es su color. Negros que ni siquiera tienen el alma blanca, por la sencilla razón de que no tienen alma.

O sea, que al establishment se le ven las afinidades electivas y hasta las otras. En el Comité de Moralidad Pública se puede confiar porque, aunque se pasan un poco, se pasan en nombre de los principios. Unos hermanos separados, ya digo. Unos hermanos de la caridad. Hasta puede que se vuelvan razonables y demócratas. Y si no se vuelven, mejor, que alguien tiene que quedarse de guardia y de reserva espiritual. Es el chiste del judío: «¿Y quién se ha quedado en la tienda?» ■ UMBRAL.